

EL VIEJO A LA DISTANCIA NUNCA LA SUPO EXPLICAR

a V.J.

1

Es bueno saber que uno está vivo. Que puede estirar los pies dentro de los zapatos, agrandar el cuerpo y respirar fuerte aunque los demás se den vuelta a mirarlo. Quedarse quieto en un rincón y ver todo ese juego de papeles y corridas, de gente apurada, de tipos que se enojan por trámites que se demoran o condenas que le tocarán a otros.

2

Yo nací en el puesto. Los viejos se fueron a vivir allí cuando recién se arrimaron, en otro lado no viví nunca. Aquello fue todo para mí, hermanos no tuve así que mucho juguete tampoco. De chico empecé a andar el campo. Fui creciendo y trabajando. Un día el viejo se agarra unas mojaduras, se le hierven los pulmones y se muere. La vieja lo siguió ahí no más, calladita como era, se quedó sentada en un rincón con los labios muy blancos. De golpe me quedé solo con los perros, tres caballos del patrón y más de cincuenta años de recorrer el puesto de punta a punta. Poco a poco me di cuenta que las piernas se me cansaban de ir al corral a ensillar y sentado esperaba ver oscurecer o cómo la luna se iba escondiendo de a ratos. A veces, al entrar al rancho, me encontraba con algunos olores de antes y hasta me parecía verlo al viejo sentado y a la madre trajinando. Entonces supe que no me iba a ir más de allí y sentí un dolor que me nacía en las manos y que se quedaba quieto en el pecho como esperando.

3

Uno no es el mismo, se dice que lo tienen de estorbo nomás y cuando le acomodan los trabajos más livianos le dan ganas de irse a cualquier lado, pero dice que se va y ellos no le creen y uno les grita que se metan la lástima en el culo, trabajo en cualquier lado le van a dar. Pero todos sabemos que es mentira, que en cuanto me ofrezca me van a decir que no necesitan a nadie, que a lo mejor más adelante. Y ellos miran como diciendo: –Este viejo está loco, mire que contestar así, le gente le habla bien y él sale con guasadas.

De lo vivido me queda un reloj que no anda hace rato, el revólver que era del viejo, un pañuelo de cuello y lo puesto. Lo demás es de los patrones.

4

El puesto, cuando llovía, se llenaba de flores azules. Me dio por pensar un día que se había roto el cielo. Tuve ganas de salir a convidar a todo el mundo con un pedazo. Después me

2

dije que era un viejo zonzo, que eso no era cielo y que si lo fuera, la gente vendría a juntar lo más que pudiera sin pensar que dejaba a otro sin nada. Seguro los patrones dirían que nadie se podía llevar nada y que el cielo era de ellos nomás. Como el campo es grande difícil es que hubiera caído algo en otro lado.

Me gustaba dar vuelta a alguna piedra, encontrarla húmeda de abajo. Pensaba que seguramente llevaba muchos años así. Era lindo calcular cuánto tardaría alguien en volverla a ver. Después cuando daba unos pasos ya no la recordaba ni podía identificarla entre tantas.

5

Todo es nuevo, está lleno de gente joven y andan ocupados con papeles. Algunos serán los míos, mi nombre estará escrito en un montón de lugares y me deben leer a cada rato. Igualito que las piedras, pasaron como ochenta años y recién ahora alguien vino y me dio vuelta, me está mirando y sabe que existo, pero cuando pase el alboroto nunca más se acordarán. Yo tampoco recuerdo todas las piedras que di vuelta.

6

Cuando me preguntaron todo lo que pasó el empleado estuvo prepotente. Tenía cara de decirme –Por lo menos te van a dar veinte años– y a lo mejor lo pensaba. A mí no me importa lo que venga, no van a ser veinte años, de eso estoy seguro. Anduve demasiado como para no saber que veinte y ochenta es mucha suma.

7

Me empujó para quedar bien delante de los otros peones. Y hasta un sopapo me dio. La cabeza se me llenó de cosas y pensé, como en un relámpago, que si me llevan preso tendría quién me cure los dolores del pecho. A lo mejor le hice un favor, no sea que llegara a los ochenta años y tuviera que andar dando lástima y aguantando sopapos y empujones.

Cuando le tiré hacía mucho ruido por la boca, como si tuviera algo que decir y no le alcanzara el tiempo. Al principio no me di cuenta porque había quedado medio sordo por el balazo, pero después me impresionó. No duró mucho y yo me fui a la estancia para que avisaran a la policía. Ahora hay que esperar. Ni quise poner abogado. Igual no andaba con plata y los patrones dijeron que se imaginaban que yo iba a terminar así. Pusieron una familia en el puesto porque no podía estar desatendido.

8

Yo les conté todo como diez veces. Después me llevaron de nuevo al puesto y uno de ellos hacía como que era el muerto y yo le tuve que apuntar con una maderita. Me cansé mucho, me sentí como si tuviera las tripas revueltas y me

3

dieron ganas de ponerme a ver las lomas y recordé que no había arreglado el alambrado.

De lejos pude ver el rancho y unos chicos a los que la madre empezó a llamar a los gritos. Se quedaron todos espiando por la ventanita de la cocina que tiene los vidrios sucios de humo.

Lo peor de todo es el dolor en el pecho, que no se me va a ir más, me parece.



EL BESO

La mujer había muerto el día anterior; en el silencio de la madrugada, recortada sobre la luz imprecisa del amanecer, parecía dormir. El sol entraba por las ventanas formando franjas doradas por las que se veía el vaho de las flores marchitas, restos de humo, toses y alientos. Pedazos flotando en el aire de la habitación cerrada.

Tuc... Tu... Tuc...

Algunas moscas golpeaban los vidrios. Una voló hacia la cara de la mujer, caminó por el hueco frío de los ojos, bajó por la nariz y cuando llegó a los labios los besó suavemente.

La mujer sintió un escalofrío, todas las fibras de sus músculos se contrajeron levemente, movió los dedos.

Sola, miró el techo; reconoció las molduras y la oscuridad familiar de los rincones. Se quedó inmóvil hasta que sintió las articulaciones doloridas. Cuando abrió las ventanas el aire caliente escapó por las franjas de sol.

En la cocina preparó el desayuno y llamó a sus hijos.

4

UN TAL CAMBLOR JUAN

—Yo tengo una teoría sobre la vida.

Las sillas del bar tenían apoyabrazos y las mesas de mármol conservaban ese aire detenido que suelen tener los bares de la Avenida de Mayo. Juan Camblor escuchaba mientras la cerveza se aplastaba en el fondo del vaso.

—La vida, mi amigo, es como una ecuación matemática.

Camblor recordó que cuando era chico, en el barrio le decían camblorcito.

—Bueno —dijo— me tengo que ir.

—¡Irse!, ¿a dónde?, un domingo a la tarde; tómese otra cerveza. Mozo, traiga dos cervezas. Realmente mi amigo, la vida es como una ecuación; si algo cambia, un mínimo detalle, cambiará el resultado final de su vida, eso que algunos llaman destino. Igualito que en las ecuaciones; usted cambia un elemento y el resultado será otro.

Camblor miró el aserrín.

—Yo siempre digo, si algo no hubiera sido como fue, lo malo y lo bueno, todo absolutamente todo, yo no sería lo que soy.

Los ojos del hombre brillaban como la cerveza. Los últimos maníes del plato estaban cubiertos de sal. Camblor terminó la cerveza.

—Bueno, ahora sí, me voy.

—Una ecuación mi amigo, una ecuación, después de un día no se imagina las veces que cambió su destino. ¡Ni más ni menos, una ecuación!

Treinta y dos años después Juan Camblor moría en un pueblo del interior donde había hecho una pequeña fortuna como comerciante.

En aquel momento Juan Camblor pensó que si no hubiera aceptado aquella cerveza su destino, tal vez, hubiera sido la inmortalidad.

*

NUNCA EN DOMINGO

—Jesús, alcanzame las llaves.

—¡Jesús, carajo, te he pedido las llaves!

El niño que leía un libro con estampas se sobresaltó levemente; cuando levantó la vista, de sus ojos salían caminos.

—¡Hijo! —titubeó el hombre— Que lee esas cosas, si las escriben los hombres.

EL QUE NO, APRENDE A LADRAR

—¡Lo vieron volar al indio Manrique!

—No jodás.

—¡Te lo juro, andan diciendo que agarró por el lado de la playa y después, planeando como una gaviota, pasó por arriba de los techos cerca del cementerio!

—¿Volando, decís volando, vos lo viste?

—Y yo digo lo que andan diciendo en el pueblo. Parece que los pibes le tiraron piedras y le gritaban que se bajara, que tenían vino para convidarle. Salieron todos a verlo y se armó un despelote bárbaro porque Manrique se les cagaba de risa y cantaba tangos; se fue volando despacito y al final no se entendía si se reía o seguía cantando, pero desapareció y esta mañana lo encontraron muerto al lado del portón del muelle, parece que se mamó y lo agarró la helada afuera.

—¡Bien hecho!, ¿qué se creía?; que era Dios el indio concha de su madre.



CUENTOS
AQUILINO ELPIDIO ISLA

ILUSTRACIÓN
CAROLI WILLIAMS

Estas narraciones de Aquilino Elpidio Isla, forman parte del libro “Las lluvias cortas”, Ediciones de la Serpiente, 1990.

Un adelanto fue presentado en la publicación nº2 de “Ventana al sur”, Caleta Olivia, Santa Cruz, en el año 1984.

Ediciones Desmesura
pablojavierrgil@yahoo.com.ar
Nº44 - Marzo de 2015
San Carlos de Bariloche